

Apiláñez, Alfredo; LAS ENTRAÑAS DE LA BESTIA. LA FÁBRICA DE DINERO EN EL CAPITALISMO DESQUICIADO, Dado Ediciones, Madrid, 2021 (452 pp.) ISBN: 978-84-121232-6-5



Mario del Rosal

Universidad Complutense de Madrid

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-9226-5791>

mariodel@ucm.es

El libro que reseñamos es obra de Alfredo Apiláñez, un economista crítico con una amplia e interesante actividad investigadora y de divulgación que, sin embargo, y según sus propias palabras, es un outsider. Esta definición no es baladí, puesto que trabajar fuera del ámbito académico formal actual, muchas veces tan encorsetado como crecientemente mercantilizado, puede permitir márgenes de libertad ciertamente fecundos.

La propia factura formal del libro confirma la confesión del autor. Por un lado, no encontramos en él ni rastro de la habitual pléyade de gráficas, tablas y fórmulas que suelen permear los textos económicos al uso. No obstante, en este caso, no se echan en falta en ningún momento. Por otra parte, el lenguaje que usa Apiláñez a lo largo de la obra, con frases largas, adjetivos enjundiosos y notable vehemencia, está muy lejos del que solemos ver en ese erial estilístico en el que florecen los papers y los manuales de economía. A muchos académicos de los círculos más convencionales esto les podría parecer un inconveniente y hasta una mancha en la pulcritud que requiere la ciencia. No obstante, es algo que importa muy poco al autor, quien abomina de las facultades de economía como "centros de adoctrinamiento neoliberal" (p. 23). Se equivocarían los más ortodoxos en ese punto, puesto que la riqueza del lenguaje y la firmeza de la expresión de Apiláñez, además de hacer la lectura más gozosa, no restan un ápice al rigor analítico. En cualquier caso, es evidente que el libro no pretende ser neutral, sino que toma partido, como no puede ser de otra manera en un texto militante.

Otra característica poco habitual del libro tiene que ver con su bibliografía. Aun siendo abundante, pertinente y accesible, podría parecer un tanto ecléctica a quien no entienda bien su función dentro de la obra. El autor incluye obras de marcado carácter marxista, pero también autores radicales, ecosocialistas o anarquistas, así como algunos textos difíciles de enmarcar. Por otra parte, no encontramos el habitual listado exhaustivo de obras al final del libro, sino un compendio comentado de las referencias más

importantes según el autor. Una opción francamente interesante para quienes no estén demasiado duchos en la temática tratada.

El libro se despliega a lo largo de seis capítulos, a los que precede una introducción y tras los que se incluye un posfacio centrado en las consecuencias de la pandemia.

El primer capítulo analiza el papel del dinero. Para ello, rechaza de forma sucinta, pero rotunda, los mitos sobre su origen y su naturaleza de los que adolecen tanto los clásicos y neoclásicos como los neocartelistas. Además, y esto es lo más destacable del capítulo, profundiza en la comprensión del dinero como capital, que es, en realidad, su esencia definitoria en el modo de producción capitalista.

En los capítulos segundo y tercero, Apiláñez hurga con destreza y sin pudor en "las entrañas de la bestia" que dan título a la obra, es decir, en el "sala de máquinas" de la banca central. Para ello, emplea casi en exclusiva el caso de la Reserva Federal como ejemplo paradigmático y dominante de la fábrica de dinero en el capitalismo contemporáneo. Por una parte, la obra revisa críticamente los inquietantes orígenes de la Fed, destacando su evidente carácter burgués y su marcado perfil antidemocrático. No obstante, el análisis no se detiene en su faceta institucional; en realidad, lo más valioso del texto no es tanto el recordatorio de cómo nace la Fed o de quién es su propiedad, sino la aclaración de las razones por las que esa estructura es funcional para el papel que asume la banca central como pilar básico del capital.

En este sentido, Apiláñez recuerda dos elementos clave a la hora de entender para qué sirve y a quién sirve la banca central: 1) la pretensión de independencia de esta institución respecto de los poderes políticos (y, por tanto, de cualquier control democrático, por limitado que sea), algo que facilita la creciente dependencia respecto de los poderes financieros; y 2) la prohibición de financiar directamente la deuda pública, lo que supone un pingüe negocio para los capitales privados y configura una auténtica "máquina de succión" de riqueza, esto es, un canal de transferencia masiva de valor del trabajo al capital.

La obra quizá simplifica un tanto la explicación al tratar de evidenciar el fraude que supone el mecanismo de creación de dinero bancario y cómo funciona en la actualidad. No obstante, aclara bien sus implicaciones, a pesar de que, en nuestra opinión, puede parecer que acaba situando la explotación "primaria" basada en el plusvalor extraído al trabajo mediante el mecanismo del salariado en un lugar secundario, frente a la explotación "secundaria" cimentada en el interés exprimido al prestatario mediante el sistema del crédito. Si bien es cierto que esta extracción basada en la deuda incrementa la desigualdad, no es su fundamento esencial.

En el capítulo segundo hay un apartado dedicado a las consecuencias de la desaparición del dinero en efectivo que, aunque resulta reveladora, creemos que adolece de algunas carencias. El autor critica, con razón, las consecuencias negativas que provoca la privatización de los medios de pago que va de la mano de la generalización de las apps destinadas a estos menesteres. Sin embargo, pasa por alto algo sustancial: la más que probable imposición futura por parte de los bancos centrales de las monedas electrónicas oficiales (*Central Bank Digital Currency* –CBDC–) en lugar del dinero en efectivo. Esta posibilidad abre el debate en varias direcciones que el libro no tiene en consideración.

El repaso histórico que hace el autor en el tercer capítulo es muy recomendable. Por un lado, revela con claridad la creciente importancia que la Fed ha ido adquiriendo. Sobre todo, a partir del shock de Nixon de 1971, que acabó con el patrón dólar-oro vigente tras Bretton Woods, y del shock de Volcker de 1979, que impuso con dramáticas consecuencias las infames recetas del monetarismo. Y, por otro lado, el autor desvela sin tapujos la verdadera naturaleza de la llamada "edad dorada del capitalismo", esos supuestos "treinta gloriosos" que, lejos de ser un periodo de bonanza económica reproducible en la actualidad con simple voluntad política, no fue más que un paréntesis limitado en el tiempo y el espacio basado en unas condiciones excepcionales de explotación de la periferia, represión financiera, exacerbación del consumo basado en el crédito y un papel nada desdeñable del keynesianismo militar.

El cuarto capítulo se hace cargo de lo que Apiláñez llama los "mamporreros" del sistema, es decir, los académicos y los políticos que, desde sus púlpitos pseudocientíficos, los unos, y desde sus salas de mando del aparato estatal, los otros, maniobran para dar legitimidad al capitalismo y para poner al Estado al servicio de la acumulación.

Entre los primeros, los "mamporreros ideológicos", el autor da buena cuenta de las escuelas que colocan la inflación como punto de mira de toda política económica: monetaristas, neoclásicos, neokeynesianos, etc. Bajo la égida de estos enfoques y de sus bien retribuidos y considerados representantes, el control de precios, trasunto de la represión salarial, se convierte en el gran objetivo de cualquier estrategia macroeconómica supuestamente sensata. De esta manera, y gracias a conceptos falaces, como la NAIRU o el propio IPC, la gestión del capitalismo se concentra sistemáticamente en ejercer la máxima presión posible sobre el valor de la fuerza de trabajo con el objetivo de mejorar las tasas de explotación, único medio viable para tratar de atajar la tendencia a la caída de la tasa de ganancia característica del modo de producción capitalista.

Entre los segundos, los "mamporreros institucionales", la obra explica someramente varios ejemplos con distintos logotipos políticos, pero iguales condicionantes, desarrollos y fines. Desde la "doctrina del shock" aplicada a golpe de fusil y tortura en América Latina por orden de la CIA, pasando por la mitificada y crecientemente degradada socialdemocracia europea a partir de los ochenta, el autor llega hasta la rendición incondicional del gobierno de Zapatero a la Unión Europea y, finalmente, al vergonzoso ataque de la troika contra el pueblo griego en la segunda década del siglo XXI. La imagen de conjunto revela con claridad la tendencia cada vez más evidente del sistema ideológico y político a abandonar cualquier pretendida ilusión de capitalismo "de rostro humano".

El quinto capítulo resulta especialmente didáctico. En particular, para quienes aún alberguen alguna esperanza en la posibilidad de poner en marcha políticas económicas reformistas en el seno del capitalismo que permitan superar sus contradicciones. El autor critica con solvencia y sin piedad tanto las ilusiones reformistas clásicas basadas en el revisionismo de Bernstein como sus versiones redivivas que pugnan por convencernos de la posibilidad de domesticar definitivamente el capitalismo. Para el lector actual, seguramente resulten más atractivas estas últimas, porque son las que están en boga en las filas de la izquierda oficial. Entre ellas, Apiláñez da buena cuenta de muchas de las últimas modas del mercado reformista.

Por un lado, repasa las teorías que defienden la posibilidad de encauzar las finanzas y el dinero a una vía de moderación y estabilidad, como las tesis del dinero seguro, que abogan por retirar a los bancos privados la posibilidad de crear dinero por medio del crédito, o los anarcocapitalistas extasiados por las criptomonedas, como forma de extirpar al banco central el monopolio de la emisión monetaria. Por otro, desmonta la Teoría Monetaria Moderna y sus planes de trabajo garantizado, que, a partir del poder monopólico de emisión monetaria del Estado y una concepción ciertamente curiosa del dinero de corte neocartalista, pretende acabar de una vez y para siempre con el desempleo a través de una política monetaria supuestamente todopoderosa. Y no olvida el autor, por supuesto, las propuestas de perfil más tradicional, como los impuestos progresivos à la Piketty, que pretenden acabar con la desigualdad y promover el crecimiento equilibrado mediante una política fiscal reforzada e internacionalizada.

Obviamente, no vamos a encontrar en el espacio de un solo capítulo una crítica exhaustiva o completa a ninguna de estas propuestas reformistas. Incluso, en ciertos casos, como en el de las criptomonedas, los postulados de Apiláñez pueden resultar un tanto superficiales. Sin embargo, sí nos da acceso a una aproximación solvente que puede servir como valiosa introducción para quienes quieran profundizar en estas cuestiones.

El sexto capítulo es, probablemente, el que pueda resultar más controvertido al lector, puesto que va más allá de la crítica de la economía política y se adentra en el siempre polémico terreno de las propuestas políticas. La obra se apoya ampliamente en las tesis de sugestivos autores como John Holloway, que reniega de la necesidad de tomar el poder o conquistar el Estado para tratar de cambiar el sistema económico y social, y defiende la conveniencia de apostar por un cambio de actitudes y de formas de socialización que vayan más allá del estrecho y engañoso camino del parlamentarismo burgués. Formas que permitirían, por ejemplo, abandonar el uso del dinero como medio de intercambio en favor de un sistema de distribución basado en el valor de uso y no en el valor de cambio.

También reniega de las ilusiones revolucionarias que, según el autor, han mostrado en el pasado su incapacidad para conseguir la emancipación del ser humano. Así, entiende experiencias como la de la Unión Soviética como una "periclitada concepción estatista del cambio revolucionario" (p. 363). Nos parece una postura que admite una amplia discusión. Sobre todo, porque no parece un juicio justo. ¿No cabe, al menos, reconocer el papel de contención que estas experiencias tuvieron frente a las tendencias más destructivas e inhumanas del capitalismo? ¿No cabe diferenciar los distintos tipos de experiencias y sus sucesivas etapas históricas? No parece razonable considerar de igual modo la URSS de los años veinte con la del periodo más duro del estalinismo, como tampoco parece lógico igualar la experiencia yugoslava con la china o la cubana, por poner algunos ejemplos. Poner todas en el mismo saco se nos antoja abusivo.

Por otra parte, da la impresión de que Apiláñez asume una concepción peculiar de lo que él llama el "marxismo ortodoxo". Por un lado, pareciera que hace referencia a un tipo de marxismo esclerotizado, casi escolástico, encerrado en conceptos marxianos más bien panegíricos e inaccesibles al cambio, a la crítica o a cualquier influencia externa. Un enfoque, por cierto, de cuyas "adherencias hegelianas de Marx" (p. 50) Apiláñez abomina explícitamente. Pero, por otro, parece identificar a pensadores como David Harvey con esta posición, cuando, en realidad, es un autor bien conocido no sólo por rechazar de plano la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia, sino por asumir abiertamente la imposibilidad de acabar con el capitalismo. Una ley que, por cierto, Apiláñez parece asumir como una dinámica consustancial al modo de producción capitalista, pero que no acaba de concretar y para la que recurre a autores un tanto dudosos. Habría sido interesante aclarar algo más estas cuestiones.

En relación con la siempre espinosa cuestión de las reformas y el reformismo, parece que Apiláñez no admite distinción entre ambas. Entiende que cualquier reforma, por urgente, parcial, temporal o puntual que pretenda ser, acaba subsumiéndose en el reformismo como proyecto político en sí mismo, como único horizonte posible. Es un posicionamiento lógicamente irreprochable, por supuesto, pero difícil de compatibilizar con la complejidad y las contradicciones del mundo real. Porque, si no admitimos reforma alguna y rechazamos de plano cualquier propuesta política que no sea manifiestamente rupturista y ajena a los enjuagues del parlamentarismo pseudodemocrático liberal, ¿con qué nos quedamos? ¿Debemos suponer que, dadas las insuperables limitaciones de las reformas, no debemos luchar por mejoras de las condiciones de vida de la clase trabajadora, por modestas y reformistas que nos puedan parecer de entrada? Estas son preguntas importantes que, obviamente, admiten discusión, pero que subyacen en el texto de una manera que no parece admitir ningún debate.

Resulta también cuestionable el concepto unívoco de Estado que maneja el autor. No hace distinción entre Estado burgués y cualquier otro tipo de Estado, de manera que parece identificar esta figura genéricamente con una institución capitalista o, cuando menos, con un sistema de imposición del poder incompatible con cualquier ilusión de emancipación del ser humano. De ese modo, su negación de la necesidad de apoderarse de las palancas del Estado para superar el capitalismo, aunque resulta internamente coherente, se basa en una concepción de esta institución que nos parece limitada. Además, aunque es cierto que Apiláñez lo niega explícitamente, se podría pensar que estas posturas se acercan demasiado a una marginalidad voluntaria que puede resultar tan idílica como ingenua o, también, a una

renuncia al potencial que las capacidades técnicas y productivas podrían tener bajo una planificación económica democrática.

Tras estas peliagudas disquisiciones, el texto acaba con un "posfacio pandémico" que, si bien no es imprescindible para entender la tesis del conjunto de la obra, sí ofrece algunas reflexiones y referencias bibliográficas de interés.

En resumen, entendemos "Las entrañas de la bestia" como una obra muy recomendable para adentrarse en las contradicciones irresolubles de la esencia monetaria del sistema capitalista. Por una parte, es un texto riguroso, pero afortunadamente ajeno al rigor mortis que las exigencias formales del academicismo estándar suelen imponer. Y, por otra, es un libro radical, pero no sólo por ser rupturista y revolucionario, sino por ir a la raíz de las cosas, que es la primera acepción de ese adjetivo. Incluso en aquellos elementos más controvertidos o discutibles, merece la pena su lectura.